

EL ROMANTICISMO Y EL PROBLEMA  
DE LA «HISTORIA DE LAS IDEAS» DE BERLIN.  
A PROPÓSITO DE LA EDICIÓN DE *LAS IDEAS POLÍTICAS*  
EN LA ERA ROMÁNTICA Y LA SEGUNDA EDICIÓN  
DE *LAS RAÍCES DEL ROMANTICISMO*

ROMANTICISM AND THE PROBLEM OF BERLIN'S "HISTORY OF IDEAS".  
ON THE EDITION OF POLITICAL IDEAS IN THE ROMANTIC AGE  
AND THE SECOND EDITION OF THE ROOTS OF ROMANTICISM

David Hereza Modrego

Isaiah Berlin, *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno* [traducción de Víctor Altamirano, a partir de la segunda edición inglesa de 2014], Fondo de Cultura Económica, México, 2014.

Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo* [traducción de Silvina Marí a partir de la segunda edición inglesa con el nuevo prólogo de John Gray (traducido por Miguel Marqués) publicada en 2013], Taurus, Madrid, 2015.

A principios de este año 2015 se publicó la segunda edición de un libro «clásico» en lo que a los estudios del romanticismo alemán se refiere, *Las raíces del romanticismo* (RR) de Isaiah Berlin, una serie de conferencias pronunciadas en la National Gallery of Art de Washington en 1965 y publicadas póstumamente en forma de libro por su editor Henry Hardy por primera vez en 1999. Pero la segunda edición de este libro no sólo significa una nueva edición (revisada y ampliada) de la versión que el lector español ya conocía gracias a la traducción de S. Marí para Taurus del 2000, sino la ejemplificación del intento, que parece haberse querido llevar a cabo entre 2014 y 2015, de poner de nuevo en escena el pensamiento de Berlin mediante la reedición de varias de sus obras más famosas como *Dos conceptos de libertad y otros escritos* (Alianza editorial, 2014), *El Erizo y la Zorra* (Península, 2015) o *Pensadores rusos* (F.C.E, 2015). Además, este movimiento de reedición vino acompañado de *Las ideas políticas en la era romántica. Surgimiento e influencia en el pensamiento moderno*, libro que por primera vez vio la luz en español

gracias a la traducción de V. Altamirano para el Fondo de Cultura Económica (2014). Este empeño de reeditar obras clásicas de Berlin, pero especialmente la edición de *Las ideas políticas en la era romántica* (IPER) —que de acuerdo con las palabras de H. Handy podría considerarse nada menos que los «*Grundrisse* de Isaiah Berlin» (IPER, p. XXV)— invita a una «necesaria» valoración de las ideas de dicho autor, como el mismo W. Galston apunta en el preámbulo del mismo libro (IPER, p. XIII). No es este, sin embargo, el lugar para llevar a cabo tal valoración global, que abarca 60 años de intensa actividad intelectual, pero sí el momento justo —especialmente con ocasión de esta publicación monográfica dedicada al tema— para dar una valoración de la interpretación de Berlin del «romanticismo», término principal asociado a sus «*Grundrisse*» y el cual, con la mencionada reedición ampliada y revisada de las conferencias dadas en 1965, vuelve a ocupar el centro de atención.

Sin embargo, antes de comenzar esta valoración merece la pena atender a las circunstancias e intenciones que acompañaron la edición y publicación de estos dos libros sobre el periodo «romántico»; libros que constituyen una unidad que va más allá de la mera referencia a la «era romántica».

Tanto IPER como RR, fueron inicialmente una serie de conferencias que realizó Berlin en 1952 y 1964, respectivamente, que posteriormente tuvo en algún momento intención de publicar. En el caso de IPER el libro que se ofrece es justamente el borrador del libro que Berlin quiso publicar, sin llegar a hacerlo nunca; por el contrario, en las RR se ofrece sólo las conferencias de Berlin sometidas a un proceso de reelaboración editorial posterior, si bien la intención del autor siempre fue —según nos anuncia su editor H. Hardy— dar forma de libro a aquellos escritos. Sea como sea, tanto IPER como RR nunca vieron la luz en los años de vida de Isaiah Berlin y, de hecho, quizá valga la pena tener en consideración para su evaluación que, por un motivo u otro, «Berlin se opuso firmemente» a que estos libros fueran publicados durante su vida (RR, p. 23; esta frase se refiere explícitamente a RR pero puede valer también para IPER, que, siguiendo las afirmaciones del mismo Berlin, fue intencionalmente relegado «al basurero», IPER, p. XXI). Sobre los entresijos de la preparación de Berlin de las conferencias y de una posible publicación de las mismas, informa perfectamente H. Hardy en los prólogos de ambos libros (IPER, pp. XXV-XXXIX; RR pp. 16-26).

Lo que el lector se encuentra en estos libros no es, por lo tanto, un texto acabado por el mismo Berlin (algo nada inusual en la obra del mismo), sino escritos que representan sólo un momento del proceso de reelaboración de un mismo tema. Este tema es, como apunta el título de ambos, el «romanticismo» o la

«era romántica»; tema que, sin embargo, viene desarrollado con matices diferentes en ambos libros. La diferencia principal de estas dos obras está en la relación que guardan con la idea general subyacente a la obra de Berlin; idea que el lector puede encontrar desarrollada explícitamente en el instructivo ensayo introductorio a IPER de J. L. Cherniss (p. XLI-LXXX). Siguiendo la exposición que Cherniss realiza de las «ideas políticas» de Berlin, si bien el autor del ensayo introductorio no se centra en los RR, se podría afirmar que ambos libros no sólo muestran una unidad temática, sino un *totum* argumentativo coherente y necesario. De hecho, si bien es algo exagerado comparar las IPER con los *Grundrisse* de Marx, sí que es verdad que en aquel libro que nunca llegó a ser publicado, Berlin desarrolla por primera vez su idea general sobre el «romanticismo» y su importancia en relación a la «política del presente», de la cual el libro de RR podría ser catalogado como el movimiento posterior de la realización específica de dicha idea.

Esta idea general se basa, como decíamos, en dos polos: el «romanticismo», que para Berlin constituye «sin duda el paso más grande en la conciencia moral de la humanidad desde el final de la Edad Media, quizá desde el surgimiento del cristianismo» (IPER, p. 14), y la «situación política del presente», es decir, la situación de incertidumbre política europea de los años 50 en la que aún resonaban los ecos del fascismo de las décadas precedentes. La idea general que por primera vez se expone en IPER y que constituye el telón de fondo de RR es que si queremos poder juzgar «muchos fenómenos que vivimos hoy en día» debemos atender al origen histórico de las ideas que dan lugar a estos fenómenos, ya que éstos «se ven profundamente afectados por el romanticismo» (RR, p. 20). De esta forma se establece una relación recíproca entre «realidad política y social» y «Historia de las Ideas»: así, por usar las palabras de Cherniss, «Berlin interpretó los conflictos políticos contemporáneos a la luz de la historia de las ideas y recurrió a la historia para entender los conceptos que dominaba la política de su época» (IPER, p. XLIII). La argumentación general que subyace al intento iniciado en IPER y continuado de forma específica en RR es pues bastante coherente: si queremos hacer lo que Berlin denomina «filosofía política», debemos entender las categorías usadas fácticamente en la misma. Este uso, sin embargo, no es nada claro en los términos utilizados en la política contemporánea, y esta falta de claridad, entiende Berlin, propicia algunos de los problemas de la situación político-social presente. Así, una investigación sobre el origen y el significado propio de estos valores, en concreto del romanticismo, será condición de posibilidad misma del hacer «filosofía política».

Esta argumentación básica requería de una profundización mayor (que J. L. Cherniss en su artículo introductorio tampoco ofrece), ya que no se ve claramente si para Berlin «política», «filosofía política» y «teoría política» son una y la misma cosa, ni tampoco en qué consiste exactamente esta «filosofía política» y que tipo de división entre saber descriptivo o normativo ofrece (algo que, por otra parte, está dentro de los intereses principales de Berlin). Tampoco Berlin da, por lo menos en estos libros, ejemplos de en qué medida la confusión y el mal uso de una idea política se debe al desconocimiento de su origen y no más bien a lo que está contenida en esa misma idea. En qué medida esta argumentación sea verdadera más allá de coherente lógicamente bajo estos presupuestos es algo que, como decíamos, no es objeto de evaluación aquí, pues se remite al conjunto de la obra de Berlin. Lo que, sin embargo, es claro, es el interés de Berlin por hacer «Historia de las Ideas», así como el motivo argumentativo de por qué lleva a cabo tal tarea: entender la realidad presente. Y es de esta idea básica desde la que se extrae la unidad de estos libros.

No se debe entender, por lo tanto, que el título *Las ideas políticas en la era romántica* tengan sólo la pretensión de ser un estudio histórico de las «ideas políticas» en cierto período, a saber, la «era romántica», sino el hecho de argumentar que es en «la era romántica» donde nacen las «ideas políticas» que hoy nos afectan. Y como decíamos, una vez expuesto este movimiento argumentativo general, una verdadera consolidación del mismo consistirá en un estudio más pormenorizado del movimiento principal: «la revolución romántica» —uno de los títulos posibles que Berlin barajaba para su *Las raíces del romanticismo* (RR, p. 206)—. Así pues, se puede entender que, específicamente, RR es un momento argumentativo posterior pero esencial a IPER, o IPER la base sobre el cual se mueve el intento de RR. Entre ambos libros no sólo hay una unidad temática, sino argumentativa. En referencia a las IPER escribe Berlin: «Aunque mis conferencias tratarán sobre historia de las ideas, estarán directamente relacionadas con nuestros actuales descontentos» (carta citada en IPER, p. xxvi), mientras que en referencia a RR afirma: «estas conferencias están fundamentalmente dirigidas a genuinos expertos en arte» (RR, p. 18). Si, por lo tanto, queremos llevar a cabo una evaluación del término «romántico» en Berlin, se deberá atender principalmente a RR, donde Berlin se ocupa en exclusividad del fenómeno «romántico» desatendiendo así la tesis general de su relación con el presente, si bien ésta siempre constituye el horizonte de sentido de las conferencias; algo que no sucede en IPER donde siempre el tema es exponer esta vinculación general entre «situación política social presente» e «Historia de las Ideas».

De hecho, se puede afirmar que en *Las ideas políticas en la era romántica* Berlin entiende en sentido amplio el término «romántico», título que llegar incluso a traducir en una carta por «ideas políticas al final del siglo XVIII y principios del siglo XIX (1789-1870)» (IPER, p. XXVI). Como se ha dicho, el fenómeno a estudiar en este cambio de siglo es el romanticismo, sin lugar a dudas, pero este cambio de siglo no se acaba allí. De hecho, el lector que se acerque a IPER encontrará más bien textos muy generales donde se exponen ideas «de forma sobresimplificada» (IPER, p. 28), como afirma el propio autor, sobre la Ilustración, representadas en última instancia en Helvétius y Holbach (cap. I), Kant y Rosseau (cap. II), Fichte y Mill (cap. III) o Herder, Vico y Hegel (cap. IV) —ideas que verán en obras posteriores un desarrollo más detallado—. Por lo tanto, una evaluación de la idea de «romanticismo» en Berlin pasará por el desarrollo de las tesis expuestas en *Las raíces del romanticismo*, libro en el que de ahora en adelante centraremos nuestra atención.

El libro *Las raíces del romanticismo* consta de seis conferencias, además del prólogo de J. Gray, el prefacio de H. Hardy y el apéndice añadido a la edición de 2015 donde se pueden encontrar algunos fragmentos de cartas enviados por Berlin en relación a dichas conferencias. Estos capítulos comprenden, en primer lugar, un capítulo introductorio (capítulo I) y la exposición de lo que Berlin denomina el «Primer ataque a la Ilustración» (capítulo II), que gira en torno a una idea general de la «Ilustración» y los tres primeros autores que pusieron en jaque esta idea: Montesquieu, Hume y Hamann. A esta exposición le sigue casi de manera lineal el capítulo III, «los verdaderos padres del romanticismo», donde se continúa la exposición de Hamann, y se finaliza con la filosofía de Herder. Después de este primer bloque Berlin anuncia en el capítulo IV la exposición de Kant, Schiller y Fichte como «románticos moderados»; si bien la exposición de este último filósofo —como ya sucedía en el capítulo tercero de IPER— sólo aparece propiamente en el capítulo V, titulado «el romanticismo desenfrenado», en donde además del ya citado Fichte, Berlin incluye a Schelling y a lo que se denomina «primer romanticismo alemán». Esta exposición termina con un capítulo conclusivo (capítulo VI) sobre las diferentes ideas ya expuestas, su penetración en la política o en la música, una atrevida «explicación sociológica» del romanticismo (RR, p. 182), y la relación de todo esto con la intención que, como se decía, era el telón de fondo de las conferencias: la relación de este «romanticismo» con el totalitarismo en general y otras corrientes de la época. En primer lugar, atendamos al título mismo: «las raíces del romanticismo».

El «romanticismo» es quizá un fenómeno único en lo que se refiere al debate y la consecuente producción de literatura en torno a él —incluso en 1836 H. Heine

ya se refería en su libro *La escuela romántica* al intenso debate que existía sobre el mismo—; algo de lo que parece bien consciente Berlin: «La literatura sobre el romanticismo es más abundante que el romanticismo mismo, y la literatura encargada de definir de qué se ocupa esta literatura es, por su parte, verdaderamente voluminosa. Existe una especie de pirámide invertida» (RR, p. 27). En este sentido, y más allá de la argumentación general en la que este libro se enmarca a partir de IPER, Berlin parece proponerse algo nada banal si analizamos la situación a la que un estudioso se enfrenta cuando busca la determinación de un aspecto u otro de este «movimiento», a saber: analizar «las raíces del romanticismo». Sin embargo, al igual que sucedía con IPER, el título podría causar cierta ambigüedad al lector; ¿se trata de un libro «sobre el romanticismo» o sobre sus «antecedentes»? Esta pregunta es la que el lector puede esperar que se vea resuelta en el primer capítulo de RR, «En busca de una definición» (pp. 27-50).

Este primer capítulo introductorio comienza con la tesis sobre el romanticismo ya comentada de Berlin, a saber, que el romanticismo «constituye el mayor movimiento reciente destinado a transformar la vida y el pensamiento del mundo occidental» (p. 28), «tan radical y de tal calibre que nada ha sido igual después de este» (p. 32). Esta tesis es, por lo tanto, la que se espera poder encontrar ilustrada. Para ello Berlin especifica en primer lugar cuáles son las coordenadas histórico-temporales del movimiento del que se ocupa: «No propongo ocuparme de una actitud humana permanente sino de una transformación particular ocurrida en el tiempo y que aún nos afecta. Quiero limitar mi atención a lo ocurrido durante el segundo tercio del siglo XVIII y que no tuvo lugar en Inglaterra ni en Francia aunque sí, gran parte, en Alemania» (p. 32); es decir, si bien Berlin no usa esta terminología, podemos denominar dicho objeto de estudio como lo que se denomina normalmente «primer romanticismo alemán»: su origen, formación y establecimiento con conciencia de grupo; algo que se confirma al catalogar a Friedrich Schlegel como «mayor precursor, heraldo y profeta del romanticismo» (p. 43). A este respecto, Berlin propone una tesis seria y considerable: «seguir un lento y paciente método histórico: analizar los comienzos del siglo XVIII considerando la situación que se daba entonces» (p. 49) para poder analizar el fenómeno romántico. Con esta idea en mente, parece claro que el título «raíces del romanticismo» no quiera decir otra cosa que «el nacimiento romántico» y su desarrollo o, lo que es lo mismo, un estudio sobre la «rebelión romántica» (como apuntaban algunos de los otros títulos que Berlin tenía en mente; véase la nota 5 de la página 18 de RR).

A partir de estas ideas se podría esperar una definición del romanticismo adecuada a las pretensiones del mismo Berlin. Sin embargo, en el mismo capítulo introductorio el autor parece distanciarse de dicha pretensión con frases tan generales y vagas como: «el romanticismo es lo primitivo, lo carente de instrucción, lo joven» (p. 45). Vaguedad que se ve confirmada cuando Berlin afirma que su propósito no es «definir el romanticismo sino concentrarme únicamente en la revolución de la que el romanticismo, al menos en algunos de sus aspectos, es su más vívida expresión y síntoma» (p. 20-21). Aquí de nuevo retorna la ambigüedad del título: el lector no sabe si lo que Berlin llama «revolución romántica» es un fenómeno constituido por varios elementos, entre los que destaca el romanticismo, o es la revolución llevada a cabo por un específico movimiento llamado «romanticismo»; y lo que es más grave, Berlin no es claro, nuevamente, al establecer cuál es el objeto de estudio: si lo que podemos denominar «primer romanticismo» o el movimiento general de la filosofía alemana de finales del siglo XVIII (en el que se dan cabida un conjunto de movimientos muy diferentes entre sí). Estas imprecisiones ofuscan finalmente los buenos propósitos antes expuestos cuando Berlin parece contradecirse claramente al anunciar, después de afirmar que no se quiere ocupar «de una actitud humana permanente», que el romanticismo se define en una actitud tan general como la que resume en el siguiente diálogo:

«Si creo en algo y tú crees en otra cosa, es importante que luches por ello. Tal vez sea bueno que tú me mates a mí o que yo te mate a ti; quizá, en un duelo, sea mejor que nos matemos mutuamente. Pero la peor de las posibilidades es el compromiso, ya que ello significa que hemos traicionado aquel ideal que nos mueve» (p. 37)

Todo esto, como se decía, contrasta con una idea ciertamente metódica que el lector puede extraer de algunas líneas de este capítulo inicial, lo que en el fondo le hace no saber qué esperar. Esta indeterminación, sin embargo, lejos de desaparecer se hace más fuerte en la medida en que se da una primera hojeada general a la obra. A lo que se denomina «primer romanticismo alemán» (que en teoría era el objetivo de las conferencias) Berlin le dedica menos de veinte páginas de todo el libro (pp. 147-165), dedicándole a un concepto tan central como puede ser el de la «ironía» una sola página; algo totalmente extraño se lea como se lea el propósito y el significado de «las raíces del romanticismo». A esto se le suma la confusa clasificación general del romanticismo que articula el libro en «padres del romanticismo» (Hamann y Herder), «romanticismo moderado» (Kant, Schiller y Fichte) y «romanticismo desenfrenado» (en el que, de forma algo inconsecuente, se introduce de nuevo Fichte, Schelling, y por último, lo que se denomina «primer romanticismo alemán»). Por lo tanto, el lector del libro puede tener serias

dificultades a la hora de establecer cuál es el tema específico de la obra: ¿se habla del «romanticismo» o de sus «raíces»? Si es así, ¿por qué clasificar algún elemento de la «raíz» -como por ejemplo Kant- como «romántico» de la especie «moderado» para afirmar luego que «Kant odiaba el romanticismo» (RR, p. 107)? ¿Se debe entender que lo romántico es una actitud inconsciente más allá de un movimiento filosófico? ¿Es lo «romántico» un género con diferentes especies? ¿O hay una diferencia implícita entre «idea preliminar del romanticismo» y el «romanticismo» en sí? ¿Dónde empiezan y acaban los límites de este concepto? Por desgracia Berlin no aclara nada de esto.

Estos juicios sin embargo, tienen en cierta medida una explicación en cuanto se atiende al contexto de producción que acompaña al libro ya explicado. En primer lugar, como se señala con más énfasis esta segunda edición de 2015, esta serie de conferencias no dejan de ser, al fin y al cabo, unas conferencias de las que Berlin nunca llegó a estar satisfecho y de las que, una vez dadas, no quiso saber nada que no condujese a una reelaboración de las mismas. Por eso, mejor es evitar un posible juicio general y examinar en concreto los cinco capítulos principales del libro donde teóricamente se desarrolla la tesis metodológica de estudio del «romanticismo» (del cap. II al V).

El segundo capítulo, «*Primer ataque a la Ilustración*» (pp. 51-80), es un ejemplo de la constante generalización en la que se mueve Berlin en todo el libro y que queda resumida en su idea del «banco de tres patas» con la que define la Ilustración: «todas las preguntas auténticas pueden en principio hallar respuesta; tal respuesta puede conocerse por métodos que pueden aprenderse y enseñarse a los demás; y todas las respuestas deben ser compatibles entre sí» (cita del prólogo de J. Gray a RR que resume la idea que por primera vez se expone en IPER y de nuevo en RR, pp. 51-2). Además de lo anecdótico que pueda ser la definición de Berlin de los «autores ilustrados» como «Voltaire y sus amigos» (p. 61), en estas líneas comparece por primera vez una falta de argumentación de su libro, el cual reduce toda idea filosófica a un «modelo general» (p. 53) por el que se entiende una especie de idea preconcebida en torno a la naturaleza de las cosas que puede ser «compartido» o no por un conjunto de autores sin que esto conlleve una examen de la misma en base a una posible argumentación. Y justamente, cuando parece que entra en detalle respecto una posible crítica de autores específicos como Montesquieu, Hume o Hamann a esta «idea ilustrada», se pierde en afirmaciones sobre el movimiento pietista y el odio a Francia de los alemanes (p. 69 y ss.) o, en general, afirmaciones irrelevantes para los propósitos del libro como, por ejemplo, las que hace sobre cierta explicación sociológica de la «literatura algo melancólica

de la balada alemana» (p. 68). En este sentido, el tercer capítulo, «*Los verdaderos padres del romanticismo*» (pp. 81-106) no representa mayor novedad. Desde luego, Hamann y Herder son dos autores que jugaron un papel muy importante en la disputa filosófica de la época, ya sea directamente como Herder o indirectamente como Hamann —quien principalmente influyó a través de Jacobi y la llamada «*Glaubensphilosophie*»—. Pero de nuevo aquí se pone en evidencia una de las carencias de Berlin: en todo el texto en el que se expone la filosofía de estos dos autores, hay más referencias a W. Blake (3) que a Hamann y Herder juntos (2). Y con esto no se quiere enunciar una mera crítica formal en el modo de escritura de Berlin de citar o no a los autores de los que habla, sino una crítica a su realización del trabajo que se propone, una «Historia de las Ideas». En esta tarea, lo primero que tendría que intentar Berlin es, por ejemplo, demostrar el papel nada obvio que pudo jugar Hamann en la filosofía romántica (basta recordar que su famosa «Metacrítica» no se publicó hasta el 1800 cuando el movimiento romántico ya estaba formado y que aun así nunca fue objeto de recensión en la revista *Athenäum*). Lo que se perfila en este capítulo, por lo tanto, es que la generalización característica del segundo y tercer capítulo escondía en el fondo una falta de rigor en el desarrollo histórico de las ideas y una posible argumentación de las mismas.

Esta situación tampoco mejora en los capítulos siguientes. En el capítulo cuarto, «*Los románticos moderados*» (pp. 107-135), de nuevo, Berlin señala dos autores de crucial importancia para la comprensión del fenómeno del romanticismo como lo son Kant y Schiller. Pero de nuevo el autor no explica, más allá de ciertas generalizaciones sobre el «deber» y el «libre juego», qué significan exactamente estas ideas y en qué relación están; algo fundamental en el caso de Schiller, quien desarrolla su teoría estética a partir de la kantiana. Lo más cercano que el lector puede encontrar a un posible diálogo argumentativo entre Kant y Schiller —tan importante para el desarrollo del romanticismo— lo describe Berlin de la siguiente forma: «Él [Schiller] rechazó la solución kantiana porque le parecía que (...) el filósofo [Kant] nos situaba en una vía moral demasiado estrecha, en un severo limitado mundo calvinista» (p. 122). Todas estas ideas generales culminan en el capítulo quinto, «*El romanticismo desenfrenado*» (pp. 137-165), que debería ser donde se desarrollase una tesis argumentativa clara. En éste, Berlin se contenta con mencionar primero las filosofías de Fichte y Schelling de una forma bastante poco ligada a una argumentación particular de texto de Fichte o Schelling para luego afirmar que el «simbolismo» nace como unión de las dos (p. 145). Esta falta de una argumentación posible comparece de forma manifiesta cuando Berlin habla del «Yo trascendental» de Fichte con ciertos conceptos vacíos como «activo,

dinámico e imaginativo» (RR, p. 197) o «exfoliación del yo particular» que «se convierte, entonces, en una grandiosa voluntad avasalladora e intrusa, que le impone su personalidad propia tanto al mundo exterior como a sus elementos constitutivos» (p. 139), desembocando así en el «nacionalismo». Si realmente estos son «los dos factores constitutivos más importantes de la doctrina estética del movimiento romántico» (p. 145) cabe preguntarse en qué medida el romanticismo es un movimiento que aporta algún tipo de novedad, como pretendía Berlin. Este capítulo que termina con las ya mencionadas menos de veinte páginas dedicadas al movimiento romántico (en las cuáles sólo se citan tres frases generales de Novalis, Tieck y Schlegel) y con una idea de la «ironía romántica» que se resume de nuevo en una «noción general», a saber: «a cada afirmación que hacemos le corresponden por lo menos otras tres, contrarias a la primera e igualmente verdaderas» (p. 165).

Como se puede inferir de este análisis específico, la situación de confusión inicial en la que el lector se puede encontrar al hacer frente al texto no se resuelve, sino que más bien se agudiza. Sin embargo, el análisis pormenorizado pone de relieve que el problema que puede incomodar al lector al inicio no se reduce a una mera confusión explicable por las circunstancias coyunturales de producción del escrito o por la generalización propia de unas conferencias, causas antes aludidas, sino que el problema es estrictamente metodológico. Mediante dicho análisis específico queda claro, por lo tanto, que el problema está en la idea general de estudio de «Historia de las Ideas» que Berlin propone; esta idea de la «Historia de las Ideas» es la que se enuncia cada vez que Berlin habla de una posible teoría filosófica, donde entre los filósofos no hay un debate, sino opiniones, pareceres diversos sobre la naturaleza de las cosas o afirmaciones sin ningún tipo de argumentación tras de sí. El problema principal es pues que Berlin no llega a exponer lo que una «Historia de las Ideas» exige o lo que el término «Idea» implica —a saber, el resultado de una argumentación más o menos compleja en donde entran en juego diferentes premisas (en muchos casos implícitas) y derivaciones a partir de ellas— sino que se limita a señalar lo que se podrían denominar «ideologías» o «*Weltanschauungen*», que sólo son el momento abstracto de lo que una idea filosófica supone.

El «romanticismo» es desde luego un caso particular donde más se debe exigir al «historiador de las ideas» afinar con sus juicios sobre las argumentaciones explicitadas; en él no sólo se da un confuso límite entre la retórica de la literatura y el rigor de la argumentación filosófica, sino también una densidad de influencias dadas por el contexto filosófico de la época que pocas veces se ha dado en la historia del pensamiento. Un ejemplo de este tipo de análisis lo ofrecen los dos textos traducidos en este volumen de C. Beiser y M. Frank, quienes desde

«una perspectiva sistemática» entienden que lo que el romanticismo implica es una argumentación que, como bien apunta Berlin, abarca problemas y tesis que aparecen en diversos corpus de textos como los de Kant, Herder, Schiller o Fichte. Con esto no se quiere decir que las tesis de Frank o Beiser no sean problemáticas al atender a una lectura de un texto u otro, o incluso falsas, o que éstas no puedan conocer una expresión más adecuada, pero sí que ofrecen la condición de posibilidad de que se cree una discusión en torno a los textos que se adscriben al grupo de pensadores denominados «románticos» y a partir de los cuales se pueden extraer ciertas tesis; algo que no ofrece en ningún caso los textos de Berlin (y que en cambio presupone por la misma noción de «Idea» a la que hace referencia).

Como se ha anunciado al principio, no es lugar aquí para hacer una evaluación de la argumentación general de Berlin subyacente a IPER, y expuesta a lo largo del resto de su obra, a saber, que «somos hijos de ambos mudos» (RR, p. 194), del romántico y de la tradición que se rompe con él. Pero parece que la argumentación para sostener tal tesis, que debería ofrecer RR de forma específica, está lejos de ser adecuada a sus propósitos, y como se decía, no por motivos coyunturales de edición, sino porque su estudio de tal época no cumple los requisitos para ser denominado una «Historia de las Ideas» en sentido auténtico.

*David Hereza Modrego*  
*Friedrich-Schiller-Universität Jena/Università degli Studi di Padova*  
*dherezomodrego@gmail.com*